



CÉSAR PÉREZ DE TUDELA

# PATAGONIA

## TIERRA DE GIGANTES

LA ESCALADA Y LA AVENTURA  
AL ENCUENTRO CON LA VIDA INTENSA,  
EL LUGAR MÁGICO  
Y LA GRAN TRAGEDIA...



Desnivel  
ediciones

# ÍNDICE

<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>11</b>
<hr/>	
<b>I: PATAGONIA TIERRA MÁGICA</b>	<b>19</b>
El país de los gigantes	20
La ciudad de los césares	22
La historia patagónica	24
Comenzó la leyenda de la Patagonia trágica	26
<b>II: ANTECEDENTES DE LA EXPEDICIÓN PEÑALARA AL CERRO TORRE</b>	<b>29</b>
<hr/>	
Salida de la expedición Peñalara	31
1958. Primeras expediciones	32
1959. Maestri y el Cerro Torre	34
1970. El compresor de Maestri	36
Llegada de la expedición Peñalara	40
La escalada	49
<b>III: REGRESO A LA PATAGONIA</b>	<b>55</b>
<hr/>	
¿Nuestra vida es la más bella?	57

<u>El camino hacia el Monte Sarmiento</u>	62
<u>El país del viento</u>	76
<u>Recuerdos de la Patagonia trágica</u>	82
<u>Comenzó la aventura</u>	85
<u>Tras las huellas del Padre Agostini</u>	90
<b><u>IV: ¡CUIDADO!</u></b>	101
<u>Dos días en una repisa</u>	106
<u>Esperando en la selva fría</u>	112
<u>La barcaza <i>Orompello</i></u>	115
<u>Tentativa de rescate</u>	117
<b><u>V: LA LLEGADA A ESPAÑA</u></b>	129
<u>El rescate se adelantó</u>	134
<u>Últimas conjeturas</u>	137
<b><u>EPÍLOGO</u></b>	141

# I PATAGONIA LA TIERRA MÁGICA

En el pasado las tierras patagónicas, el confín de la América Austral, estuvieron envueltas en fábulas y misterios que a su vez desarrollaron mitos y leyendas.

A pesar de los esfuerzos realizados por la Corona Española, especialmente en tiempos de Carlos V, Felipe V, Carlos III y Carlos IV, tratando de llegar a conocer geográficamente la región, escasamente pudieron cumplirse los propósitos deseados por España para tan grandes y lejanos territorios.

Habría que esperar a las expediciones hidrográficas del siglo XVIII y a los intentos misioneros realizados a principios del siglo XIX.

La Patagonia estaba muy lejos de Europa. Su descubrimiento por Hernando de Magallanes había constituido una prolongada odisea. Muchos años después Sarmiento de Gamboa fracasaba también en su esfuerzo colonizador; de las poblaciones establecidas por él: Nombre de Jesús y Real Felipe, sólo pudo sobrevivir un habitante para contarlo.

Durante los siglos siguientes aquellas costas sólo conocieron el paso de piratas, viajeros y corsarios, que se

detenían en ellas para abastecerse de agua, focas y pingüinos como alimento.

Fue a finales del siglo XIX cuando comenzaron a habitarse aquellas tierras, entre esfuerzos, fracasos e ilusiones denodadas de navegantes y exploradores.

Y así empezaron a forjarse las leyendas.

## El país de los gigantes

Fue Magallanes quien, en la primera expedición de 1520, bautizó a esa región como Patagonia, llamando patagones a sus aborígenes. Pudo denominarlos así por el tamaño de sus pies que parecían muy grandes, según las huellas que dejaban sobre la tierra y la nieve, debido posiblemente al uso de unas abarcas de cuero.

Pigafetta, un lombardo que estuvo en la expedición española con Magallanes los tres años que duró el viaje y fue uno de los pocos sobrevivientes, escribió un relato titulado: *Navegación y Descubrimiento de la India Superior*. En éste relato Pigafetta contó qué, cuando la escuadra se detuvo en el país austral, en el puerto que bautizaron como San Julián, en el Estrecho: «Nos demos allí dos meses enteros sin ver jamás habitante alguno pero un día, cuando menos lo esperábamos, vimos un gigante que estaba al borde del mar, bailaba casi desnudo, saltaba y cantaba, echándose al mismo tiempo arena y polvo a la cabeza...». Pigafetta continuó extendiéndose sobre la figura de estos indígenas, sus vestimentas, sus mujeres y sus ceremonias...

El primer mito de la Patagonia fue contar que era un país de gigantes, algo espectacular; propio del asombro de los viajeros que llegaban a tierras tan distintas y tan alejadas de cualquier otro lugar.

«Los patagones eran tan altos, que solo les llegábamos a su cintura». Esta afirmación fue recogida por Oviedo, prestigioso cronista de la expedición de Magallanes, quien dedujo que los naturales del país doblaban a los europeos en estatura.

Más tarde Argensola, historiador de las expediciones de Sarmiento de Gamboa, dijo que los patagones eran «Colosos de tres varas de alto, que parecían cíclopes». Así se consolidó el mito del país de los gigantes.

En años posteriores los viajeros fueron más prudentes, limitándose a señalar que los indios patagones eran de elevada estatura, pero no tanto como se había difundido, aunque el cronista inglés Knivet escribiera que los patagones tenían un pie cuatro veces más largo que el nuestro; y posiblemente recordando a Homero, sostuvo que estos gigantes acostumbraban a tirar grandes rocas a la cabeza de los viajeros.

Byron también se dejó impresionar vivamente por los patagones que lo acosaron al desembarcar en Bahía Gregorio, en el Estrecho de Magallanes: «Uno de los oficiales del barco, un hombre de elevada estatura, parecía un pigmeo al lado de estos indígenas, a quienes habría que calificar de gigantes». El mito comenzó a declinar a finales del siglo XVIII y principios del XIX, cuando los viajes a los mares del sur se hicieron más frecuentes y los navegantes y exploradores fueron más observadores y menos fantasiosos.

Los franceses Le Giraudais y Bougainville, ilustres navegantes, más tarde los argentinos Ameghino y Perito

Moreno, junto a otros estudiosos, contaron como los patagones fueron sometidos a estudios antropológicos, midiéndose a centenares de ellos y no encontrándose a ninguno que sobrepase la marca de un metro noventa y cinco centímetros, siendo la estatura media de un metro setenta y cinco. Buscando alguna explicación al mito de los gigantes patagones, también se dejó escrito por algún analista, que la raza patagónica podía haber sufrido un proceso degenerativo desde su descubrimiento por el contagio de algunas enfermedades que los colonizadores pudieron llevar, como el sarampión y la gripe. Bien parece ser cierto que la apariencia externa de los indios patagones, cubiertos con sus largas pieles de guanaco, erguidos y fuertes ante sus toldos, podía hacer ver que eran seres gigantescos; más aún comparados con los exploradores europeos, especialmente los españoles, quienes tenían una estatura pequeña mucho más baja de lo que actualmente podemos imaginar.

En la creación de este mito también debió influir la natural inclinación del asombro de los primeros exploradores, quienes descubren unas tierras exóticas, exagerando las dimensiones de la realidad.

## **La ciudad de los césares**

La ciudad encantada de los césares fue otro de los misterios patagónicos que persistió durante más tiempo en el alma de los mismos habitantes de la Patagonia. El mito sobre la ciudad encantada pudo generarse en el trans-

curso de una expedición española que, partiendo del fuerte de Sancti Spiritu, se internó en territorio patagónico entre 1528-1529, bajo el mando del capitán Francisco César. Los españoles recogieron de los indígenas vagas noticias sobre la existencia de una civilización prodigiosa –que podría ser incaica– y una gran ciudad que guardaba grandes riquezas de oro, plata y piedras preciosas. El capitán y sus compañeros debieron ser los primeros divulgadores, repitiendo lo que los indios les habían asegurado con tanto entusiasmo y fe que parecería que ellos mismos hubieran sido testigos de aquella quimera.

Posteriores naufragios de otras expediciones españolas camino del norte a través de aquellos canales fueguinos de difícil paso engrandeció la leyenda; creyéndose firmemente en la existencia de ese lugar maravilloso, poblado de pacíficos indígenas que se mezclaban con españoles desaparecidos, constituyendo un imperio refulgente de fortalezas, autoridades y hasta obispos (varios religiosos formaban parte de aquellas expediciones desaparecidas).

El *Edén* pudo ser imaginado por los deseos febriles de los expedicionarios, como el capitán César, o por gentes huidas de la ciudad de Osorno destruida por los indios araucanos a finales del siglo XVI. Se la situaba sobre los 40 y 50 grados de latitud austral y a orillas de un inmenso lago resplandeciente.

Así durante tres siglos la Ciudad Encantada de los Cesares (Carlos V, era el César Carlos) se mantuvo en la imaginación de los europeos y, sobre todo, en la fantasía de cronistas y escritores que la describían como opulenta, con hermosos edificios, templos y señoriales casas de piedra al estilo español, tan hermosa como Sevilla, rodeada de estancias ganaderas, con cedros, álamos y robles,



además de árboles frutales. En las casas se descansaba sobre asientos de oro y plata, gozándose de una vida excelente.

El terreno patagónico, las extensas pampas secas y solitarias, las que tienen como fondo la cordillera andina llena de misteriosos montes de hielo; y hacia el mar el ingente laberinto de canales y fiordos fueguinos, eran el marco ideal para imaginar y relacionar fantasías combinadas con datos verdaderos: las quimeras que todo explorador y descubridor desea en el hondón de su esperanza.

La Patagonia y la Tierra de Fuego eran lugares de naturaleza extraordinaria, entonces casi como ahora sin ciudades, siendo sus pobladores sólo unos indios gigantes de cuerpos cubiertos por pieles. Y cuando a finales del siglo XIX se completó el reconocimiento geográfico del territorio patagónico y se levantó un mapa general, ya no quedó sitio para señalar la ciudad paradisíaca que la leyenda patagónica prometía.

## La historia patagónica

Hemos visto como el vasto territorio Patagónico entró en la historia con la conquista española. Había sido el famoso Papa Borgia, en 1493, el que dispuso en la Bula *Inter Caetera* el reparto de las tierras entre España y Portugal, concediendo a España el exclusivo control de América, hasta que el Tratado de Tordesillas permitió a Portugal colonizar Brasil. Francia, Holanda e Inglaterra, no aceptaron la decisión papal y se dispusieron a intervenir

en las tierras australes recién descubiertas por España. El antagonismo entre España e Inglaterra llevaría al sur de América la presencia de corsarios ingleses que complicarían aún más las relaciones de España con aquellos territorios.

Los aborígenes de esa zona patagónica serían muchos años después bautizados por los jesuitas como tehuelches, una deformación del sonido o palabra araucana *tehuel*. Los araucanos eran los mismos que la historia posterior conociera como mapuches la etnia indígena más numerosa a lo largo del sur de Chile. Los araucanos vivían en la zona norte de la Patagonia, ocupando ambas vertientes de la cordillera pero especialmente la del Pacífico. Eran cazadores y agricultores, con fiero carácter, organizados en tribus mandadas por un cacique. Fueron capaces de contener a los incas en su avance hacia el sur y guerrearon duramente contra los españoles, quienes supieron admirar su valor recordándose en el poema épico *La Araucaria*, de Alonso de Ercilla, quien describió la figura heroica del cacique mapuche Caupolicán.

Los tehuelches eran los araucarios o mapuches del sur, población nómada dedicada casi exclusivamente a cazar, estando distribuida en pequeñas tribus de grupos familiares. En los meses de primavera migraban de la costa atlántica a la cordillera y en sentido inverso cuando llegaba el invierno. Vivían en *tolderías* y se alimentaban de guanacos y avestruces, cazando con arcos y flechas y también con las boleadoras, armas propias de los indígenas argentinos que se lanzaban al cuello o a las patas de los animales (o enemigos) en plena carrera. Los patagones vivieron en paz hasta el siglo XIX, cuando Argentina se independizó de España. La oligarquía, entonces dominante,

decidió apoderarse de los territorios salvajes de la Patagonia, llevándose a cabo en 1879 la terrible conquista de aquellas estepas con una campaña militar que representó el exterminio de los araucanos y los tehuelches. Se pretextó que los araucanos robaban el ganado argentino para venderlo en Chile; y a los tehuelches los acusaron de alimentarse de las ovejas propiedad de los ganaderos que iban instalándose en aquellos territorios salvajes que siempre habían sido sus zonas de caza.

## **Comenzó la leyenda de la Patagonia trágica**

Entre los misioneros que acompañaron al ejército para liberar la Patagonia, como dijeron los civilizados de Buenos Aires, había ilustres monjes salesianos en calidad de capellanes. Entre ellos se encontraba monseñor Giuseppe Fagnano, quien en Punta Arenas supo moderar la lucha contra los indígenas enfrentándose incluso al poder de la oligarquía dominante. Años más tarde llegó el Padre Alberto María de Agostini quien, además de sus labores de misionero, desempeñó el cometido de explorador geográfico y alpinista, llegando a ser el más importante divulgador de aquellos territorios.

La isla Dawson fue entregada en concesión a la Orden Salesiana de Punta Arenas por el gobierno de Chile, en 1899. Allí se fundó una nueva misión para reunir y proteger a indígenas patagónicos y fueguinos deportados tras enfrentamientos con los colonos, cuyos territorios habían sido ocupados. Entre ellos existían muchos

componentes de las tribus de alacalufes y yaganes que habían vivido de la pesca en sus canoas por los canales de Tierra de Fuego.

La iniciativa no tuvo ningún éxito y aquellos supervivientes fueron extinguiéndose por la vida sedentaria que les privaba de sus vivencias. Los licores, las enfermedades como el sarampión o la viruela para ellos desconocidas, mermaron sus defensas. Durante miles de años habían vivido al aire, sin protección alguna, en magnífica adaptación a las duras condiciones climáticas, integrados en un ambiente hostil; pero fueron suficientes unas decenas de años en relación con colonos, piratas y navegantes, para terminar con su resistencia. Sólo sobrevivieron los mestizos.